

El país de la azotea

Porque sueño, no estoy loco; porque sueño yo no lo estoy, decía Jonathan y se lo repetía a sí mismo mientras cerraba los ojos con toda la fuerza que podía, como si sumergiéndose en la oscuridad fuese capaz de huir del mundo real que le atenazaba, cerrar la puerta a los gritos de su padre, a la mirada trastornada de su madre. Se sumergía en la oscuridad y allí no existían las botellas vacías en el pasillo, los vómitos esparcidos por cualquier rincón. En aquellas tinieblas viajaba al edificio contiguo, a esa azotea que vislumbraba desde la suya para navegar entre mares lechosos, abordando islas de algodón, selvas con olor a jazmín, un mundo de carnes, formas, movimientos. Es un planeta lejano y a la vez tan próximo que puede alcanzarlo con sólo extender un brazo.

Descubrió aquel paraíso con el infierno acechándole a sus espaldas. Se refugió en la azotea huyendo de una de las violentas borracheras paternas y allí estaba ella. Sus trenzas morenas bailaban entre las plantas mientras las regaba como quien esparciese un mana dorado, que brillaba reluciente con los últimos rayos solares.

Aquella luz hacía relucir su piel morena, los hombros, los brazos, las piernas descubiertas desde los muslos, todo su cuerpo contemplado en aquella azotea, algo más alta que la suya, y así le pareció un ser celestial, una diosa alumbrada por la luz del atardecer.

Esa noche sus sueños se tiñeron de fantasía, navegó hacia el interior de aquel ser, descubriendo un universo de leche melosa y algodón que se deshacía con sólo tocarlo, percibiendo ilusoriamente el calor de la piel con su tacto tembloroso. Descubría así a la mujer, aquel enigma que le pareció una tentación maravillosa.

Cuando se despertó, su sábana estaba humedecida con aquella leche que inundaba sus sueños; se asustó y pensó que podía estar volviéndose loco, igual que su madre. Se miró en el espejo para discernir si tenía aquellas pupilas vídriosas, la mirada ausente que ella tuviese en los últimos tiempos. Pero quiso creer que aquello no era locura, sino una fantasía que saliendo de su espacio mágico, tocaba la realidad con la yema de los dedos. Fue entonces cuando cerró los ojos y tumbado en la cama, sintiendo aquella humedad en su cuerpo, se dijo con una voz dirigida a su interior: porque sueño no estoy loco, porque sueño yo no lo estoy.

Un día la vio mientras ella tendía la ropa; la esparcía por el hilo de un fino tendal, tan fino que parecía no existir y aquellas prendas flotaban en el aire. Jonathan vestía su cuerpo con cada una de ellas y con todas estaba esplendorosa. Después regresó al infierno, es decir volvió a su habitación mientras escuchaba los ronquidos ebrios de su padre.

Cerró los ojos y trató de encontrarse con el sueño, pero lo que halló fue una extraña reacción en su entepierna que no pudo entender, a pesar de lo cual se dejó llevar, viajó por los países lechosos de algodón, que él creía componían su interior, y sintió un placer que empezaba a descubrir. Despertó humedecido y otra vez espantó los fantasmas diciéndose: porque sueño no estoy



Pedro Antonio Curto

Porque sueño no estoy loco

porque sueño yo no lo estoy.

De la película "Léolo"

<http://pedroantoniocurto.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

loco, porque sueño yo no lo estoy. Está vez se sintió complacido, tranquilo e incluso ligeramente feliz, aunque no entendiese lo que le sucedía. Como tampoco entendía por qué su madre se había marchado a aquel lugar donde los cipreses dormían plácidamente y se quedó allí, tras aquel cristal, con una mirada lejana cuyas pupilas parecían sestear. Tampoco entendía las borracheras de su padre, su violencia, sus estados ebrios y monstruosos. No se lo explicó nadie, no venía en los libros que le hicieron aprender en la escuela. Pero a pesar de no entenderlo, lo padecía con tenso silencio, gritos, broncas, golpes... Ahora algo que no entendía le proporcionaba placer y no terror, así que se limitó a disfrutarlo, sin miedos, sin preguntas, simplemente dejándose llevar por las nuevas sensaciones.

desde la distancia que separaba ambos edificios, vislumbraba la figura femenina, que él, desconocedor de la mujer, construía con los materiales de su fantasía. Recordaba uno de los cuentos, quizás el único, que su madre le leyese; se trataba de "El Principito" y en él, el príncipe de un planeta unipersonal va rechazando todos los dibujos de una oveja que le traza un aviador perdido en el desierto. Pero finalmente encuentra uno ideal; no se trata de una oveja más o menos grande, sino de una caja, simplemente una caja, en cuyo interior se supone está el lanoso animal, que cada cual puede imaginar según quiera. Y el cuerpo de aquella mujer de la azotea vecina estaba en esa caja; las formas carnosas eran bellas, pero sólo eran el espacio exterior, porque los más importante se encontraba en el interior, aunque él no lo conociese. Pues como le dijo el zorro al Príncipe: "Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos." Con su corazón Jonathan fabricaba una geografía humana de sueños clandestinos arrebatados a la sin razón y así, se lanzó a viajar.

navegaba por los océanos de unas nalgas que se movían como si bailasen un vals, por los pechos que adivinaba como montañas nevadas; surcaba por entre las trenzas de sus cabellos y descendía por entre las piernas, que se le asemejaban a torres carnosas. Y toda ella era de azúcar.

Un día su vecina le descubrió, se paró y le miró mientras lo saludaba con la mano, para luego lanzarle un beso a través del aire, que le penetró hasta un profundo interior que él mismo ignoraba. Jonathan se sintió sobrecogido, como si Dios descendiendo de los cielos le hubiera dado una palmada en la espalda. Aquella noche ni siquiera sintió los gritos de su padre, a pesar de que cada vez eran más fuertes.

En una ocasión se disponía a salir a la azotea, en frente estaban las prendas colgadas de aquel hilo mágico, en espera de ser recogidas ante la noche que se avecinaba. Pero se interpuso la mano de su padre que le impidió abrir la puerta de acceso a aquel lugar que era su paraíso; se rebeló y obtuvo la respuesta en golpes sobre su rostro que le produjeron sangre saliendo a borbotones por la boca y la nariz. Cuando contempló la sangre, enfureció y golpeó a su padre, que está



MARCELA BOHM

Tampoco entendía por qué su madre se había marchado a aquel lugar donde los cipreses dormían plácidamente y se quedó allí, tras aquel cristal, con una mirada lejana cuyas pupilas parecían sestear.

vez retrocedió. Así pudo abrir la puerta y salir a la azotea; allí estaba ella, en ese espacio blanquecino, esperándole. Detrás venían las amenazantes voces paternas; el paraíso delante y el infierno a sus espaldas, no lo dudo, saltó para viajar a un país astral de algodón y leche.

Cuando descubrieron el cuerpo inerte de Jonathan, nadie entendió la enigmática sonrisa dibujada en su rostro.

Los viajes de Eros, de Pedro Antonio Curto, erotismo de calidad en Ediciones IRREVERENTES

